es proporcionada á la compresión. La obediencia comprime, reacciona sobre sí misma; pero es una compresión libre, una reacción voluntaria: compresión varonil y reacción generosa que suponen la existencia de la fuerza y que la aumentan con su ejercicio.

Así la digna educación debe comprimir dulcemente la voluntad de los niños, no para romperla, sinó para fortalecerla; plegarla, no para debilitarla, sinó para amoldarla; domarla, si es necesario, como el brioso corcel, *con el ascendiente del carácter, la calma de la fuerza y la firmeza de la actitud:* esta gimnasia moral debe repetirse un día y otro día, un año y otro año, por largo tiempo, porque una infancia así prolongada y un crecimiento lento y vigoroso son el pronóstico de una virilidad poderosa y de una madurez fecunda; y cuando la Providencia ha dado la señal á esas voluntades así educadas, de crearse un imperio legítimo dentro de su esfera, entonces aparece lo que vale haber obedecido para saber mandar á los hombres y gobernar las cosas; entonces aparece cómo los hijos de la obediencia han nacido para mandar: esas voluntades que estaban plegadas por el resorte de la obediencia, se presentan de repente sin pretensiones y sin arrogancia en la actitud de una virilidad consumada: esos hombres que hasta ayer, parece, no sabían sinó obedecer y que eran la debilidad misma, aparecen hoy hombres de carácter, de iniciativa, de resolución, de acción, de valor, como héroes y gigantes que marchan y avanzan, llenos de majestad, en la plenitud de su poderío.

Los que hayan visto á esos hombres llevar con docilidad y dulzura, sin murmurar y sin doblegarse, el yugo emancipador de la obediencia libre; y sobre todos, aquellos que han trabajado en formar su carácter y han puesto á sus deseos impetuosos, pero dóciles, el freno que ha servido de resorte y ha dado fuerza á su voluntad, esos dirán entonces: ved ahí á los hijos de la obediencia: han sabido obedecer y por eso son hombres: han sabido obedecer, y por eso son vencedores, por eso son dominadores, por eso

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

ciñen la corona del triunfo: vencedores de sus pasiones, dominadores de su voluntad y triunfantes de sí mismos irán siempre de conquista en conquista refiriendo sus victorias: *Vir obediens loquetur victorias.* No es hoy cuando han empezado á ganar batallas: ya hace algunos años que están consiguiendo triunfos más gloriosos y dando combates más difíciles que todos los de Alejandro; porque hace ya algunos años que están triunfando de sí mismos y dominando sus pasiones; como son fuertes contra sus enemigos interiores, lo serán todavía más contra los enemigos exteriores, porque aguerridos en los más ásperos combates, sabrán allanar todas las resistencias: su vida cantará sus victorias, sus victorias cantarán su fuerza y su fuerza misma atestiguará con sus triunfos el beneficio de una educación viril y el poder fecundo de la obediencia, ley primordial de la vida y de la digna educación. ¡Mil veces dichosos los que desde sus más tiernos años han llevado sobre sí el yugo santo de la obediencia: *Beatus qui portaverit jugum ab adolescentia sua!*

CAPÍTULO V

El respeto cristiano

— 1 —

Los tres elementos primitivos y esenciales de la educación del hombre son: aprender á creer para desarrollar la inteligencia, aprender á amar para desarrollar el corazón y aprender á obedecer para desarrollar la voluntad. Mas hay otra cosa que enlazada con ellas tres se distingue de ellas, la completa y no puede faltar en la buena educación; esta es: aprender á respetar.

El respeto es después de la religión el sentimiento más sublime del alma humana: el alma delante de una majestad

ó una grandeza á quien reconoce ó siente, experimenta una impresión generosa: esta impresión no es de creer, ni de amar: no es de obedecer, ni de temer ó admirar; es un compuesto de todo esto que revela el alma cuando, al inclinarse ante la grandeza, le dice: «os venero, os respeto»: esta impresión que produce en toda alma bien nacida la presencia de una majestad, no es un acto puro de la inteligencia, ni una mera emoción del corazón, sinó el sentimiento del alma ante la majestad presente y la necesidad de manifestar al exterior con homenajes visibles que forman lo que se llama el culto al respeto, ese mismo sentimiento de superioridad que en su interior experimenta. El respeto en toda su variedad de formas y matices es siempre el sentimiento frente á la majestad, delante de la grandeza real ó imaginaria: así en ausencia de la realidad honra á su imagen, rinde sus homenajes á los piés de la estatua; y aunque la representación no sea verdadera, elévase el respeto hasta la grandeza misma: en esta elevación del respeto el alma se engrandece; y este engrandecimiento no debe faltar en la buena educación católica.

Se ha dicho con verdad profunda: «El catolicismo es la mayor escuela de respeto que hay en el mundo;» porque el catolicismo es el cristianismo completo, la religión única verdadera, la que hace penetrar en el alma con la mayor impresión el respeto hacia Dios y hacia todo lo que de cerca ó de lejos viene á enlazarse con Dios.

Es tan íntima la afinidad de la religión y del respeto que á cierta altura á penas se distinguen. El primer acto de religión ó sea de relación entre el hombre y Dios es la adoración, expresión suprema y último término del respeto: esa prosternación y anonadamiento del hombre ante la grandeza infinita de Dios es el más grande sentimiento religioso, efecto de la aproximación de Dios que toca lo más íntimo del alma y de la impresión del alma que siente el contacto de Dios: así la adoración es el respeto elevado á la más alta potencia. Como el respeto es un principio de adoración, así la adoración es la consumación

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

del respeto; esto es el reconocimiento y sentimiento de la grandeza que encierra todas las grandezas y que hace más ó menos venerables á los seres según la manifestación de su imagen.

Esta aparición de la grandeza de Dios, suprema y única causa de respeto, hace que uno se prosterne ante ella aún en los momentos en que parece se prosterna delante del hombre; por eso el hombre ó la cosa que han perdido el reflejo que viene de Dios; cuando la luz divina no alumbra el semblante de los hombres, ó cuando está en ellos oscurecida la imagen de Dios, ó sus vestigios han desaparecido de las cosas, entonces los hombres y las cosas se hallan incapaces de verdaderos respetos; no hay en ellos majestad, no representan la imagen de Dios en sus criaturas.

Como la religión es por su naturaleza una relación íntima con el infinito, es también por ende la más alta escuela de respeto: al hacer que las almas se prosternen ante la primera de las majestades, hace que descienda sobre nosotros el respeto, mostrándonos la representación de Dios en todo lo que tiene derecho á nuestros homenajes; por eso el trabajo profundo de la educación religiosa es el de desarrollar el respeto en el alma de los niños, descubriéndoles do quiera que se presenten á su vista, esas representaciones é imágenes de Dios, únicas que merecen nuestros respetos, porque son las solas que nos dan el sentido de la verdadera grandeza: de ahí su gran solicitud por mostrar al niño todo lo que le habla de Dios ó se le representa, haciéndosele ver en las maravillas del universo, en los esplendores del cielo y en los espectáculos de la tierra, en la inmensidad de los mares, en el rumor de las tormentas, en el soplo de las brisas, en el perfume y hermosura de las flores, en la frescura de la mañana, en el resplandor del mediodía, en la serenidad de la tarde y en la majestad de la noche: siempre y en todas partes la educación religiosa hace que la creación hable al alma del niño, le muestre á Dios y le descubra en

sus más grandes magnificencias los detalles de su eterna grandeza, porque la creación es palabra y es luz; palabra pronunciada por el Verbo para dar á conocer á Dios; luz para mostrarle á todas las criaturas.

Mas en las esferas del mundo moral es donde sobre todo la educación religiosa descubre al niño las representaciones más majestuosas de Dios y excita su más profundo respeto: llevándole á través de ese mundo vivo en que ha puesto Dios sus reflejos más expléndidos y mostrándoselos en los hombres, en la sociedad, en la religión, en la patria, en las instituciones, en las superioridades que por todas partes le dominan, le dice: Hé aquí, hijo mío, la representación de Dios, los vestigios de Dios, la irradiación de Dios: respétalo, hijo mío; y el niño lo respeta: inclínate ante él; y el niño se inclina, no comprendiendo cómo pudiera negar sus homenajes á lo que la religión le muestra descendiendo desde tan elevada altura hasta su alma para exigir allí sus respetos.

La religión inspirada en la sola naturaleza y fundada en la mera razón no hace á Dios bastante palpable al alma de los niños, y es por lo tanto impotente para crear en ella el sentido profundo de Dios, raiz primera de todos los respetos que penetran en el alma.

El catolicismo que es la comunión más íntima y más completa con Dios, la religión del *Emmanuel*, de Dios con el hombre y del hombre con Dios, es entre todas las religiones la que muestra más á Dios y lo hace más sensible á la humanidad; no se limita á descubrir á los niños en la educación algunos vestigios, alguna sombra, algún reflejo de Dios, sinó que Dios mismo con su majestad invisible, pero real, viene á presentarse ante sus almas y á recibir sus respetos. Ora sea en Belén, ora en el Calvario, ora en el altar; ya se trate de Dios encarnado, de Dios inmolado ó de Dios en la comunión, siempre es Dios el que está presente á nuestros ojos por medio de Jesucristo, nuestro Señor: el catolicismo nos grita en todas partes: aquí está Dios; prosternémonos ante él: adoremos á Dios que habita

en este templo: respetemos este templo, donde está Dios. Así la majestad de Jesucristo, presente y cerniéndose sobre el pueblo postrado en su presencia crea en el seno de las generaciones y sobre todo en el corazón de los niños los grandes respetos que no se comprenderán bastante.

El niño católico experimenta todavía más el sentimiento de la presencia real de Dios, de Jesucristo vivo en los sacramentos y en los misterios en que Dios toca más de cerca su alma y hace penetrar en ella su vida. Todos los sacramentos, al ponernos en relación íntima y en comunión eficaz con Jesucristo, engrandecen nuestros respetos en la misma medida en que engrandece y aumenta esa comunión: así el niño que en el sacramento de la confesión sabe lo que recibe con la bendición del sacerdote, que éste deja grabada la impresión de Dios en su alma prosternada por el arrepentimiento y la humildad, el niño que conoce quedar rehabilitado ante sus propios ojos y ante la presencia de Dios, no puede menos de profesar á todas las legítimas grandezas y á todas las santas majestades un respeto transfigurado: si alguna cosa desprecia, es el mal que acaba de expiar con su arrepentimiento y sus lágrimas.

Mas nada es comparable á la impresión de respeto que siente el alma del niño aquel día venturoso y radiante sobre todos los de su vida, en que vuelve del altar, donde por vez primera ha recibido á su Dios. ¡Oh! ¡Cómo siente entonces á Jesucristo! ¡Cómo respeta su majestad! ¡Cómo adora su divinidad! Los querubines suspendidos ante el tabernáculo en actitud de recogimiento y de respeto que no es de este mundo, apenas pueden representar á nuestros ojos el invisible respeto que embarga su alma, adorando á Dios que está presente en ella como en su más propio tabernáculo. Quien desconociera los sentimientos de respeto hacia todo lo grande y santo que penetran en el alma de un niño, bien preparada para consumar por vez primera este misterio divino, faltaríale ese sentido superior que abarca las grandes cosas y forma las almas elevadas; y habría que pedir á Dios resucite en él

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

el sentido de la verdadera grandeza que perece en las escuelas de la irreligión y de la impiedad, las más grandes escuelas de desprecio sobre la tierra.

Así educa Jesucristo á los niños en el sentimiento del respeto: tócalos en el fondo de su alma y hace resonar en ella con la voz de sus misterios aquel himno celestial de *Emmanuel* que canta la presencia de Dios en el alma, desarrollando allí el sentimiento de Dios y su propio engrandecimiento, é imprimiendo con la unción del amor y de la suavidad la consagración de la grandeza y el honor que es propio del respeto.

Como la educación católica muestra á los niños la imagen de Dios en la presencia de Jesucristo, así también les muestra la majestad de Jesucristo en la Iglesia; apareciendo esta divina madre con la majestad de Dios sobre su frente, despidiendo rayos de luz sobre las almas y enviándoles suavísimos reflejos. Esta majestad, mezcla exquisita de grandeza y de amor, de fuerza y de suavidad suscita un respeto que, al venir de Jesucristo, se asemeja al de la paternidad y al venir de la Iglesia se asemeja al de la maternidad; respeto de madre, pero de madre divina, en quien la majestad realza el amor y el amor sirve de temperamento á la majestad. Bella y grande es la función del educador, al acostumbrar á los niños á inclinarse voluntariamente ante esa dulce majestad en que el respeto y el amor se confunden de tal manera que no se sabe cuál de ellos prevalece en el corazón de los niños, donde juntos producen ese delicioso sentimiento que es una variante del respeto y al que se llama veneración. Negar la fuerza y delicadeza infinita de la Iglesia para crear el respeto en las almas, sería lo mismo que negar la luz del sol al mediodía.

Y esta veneración que los niños tienen á su divina madre, siéntenla también en las personas y cosas augustas que representan á Jesucristo y reflejan su majestad: desde el seno de Dios baja el respeto al alma de los niños y le veneran en las dignidades gerárquicas, llamadas á dársele

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

á conocer y hacérsele palpable así interior como exteriormente.

Cuando el niño católico observa que majestades y grandezas respetadas ayer se han eclipsado y hundido hoy entre catástrofes y ruinas, sin esperanza de resurrección, sigue venerando á otra majestad y grandeza que tiene su asiento en la cumbre más alta de la gerarquía cristiana, majestad y grandeza que crecen con las humillaciones, á quienes sus propias ruinas sirven de puntal para no desaparecer y de pedestal para elevarse á mayor altura. Esta es la majestad á la que el mundo de las almas rinde veneración inagotable desde los cuatro vientos del cielo; nunca más divina y más venerable y más celestial que cuando los hombres la cubren de desprecios, la dejan indefensa, y la tierra parece huir bajo sus plantas: el niño católico que tiene hambre y sed de veneración rinde homenaje incomparable á esa majestad que aun humillada bástale una palabra ó un signo para tener en espectativa á los pueblos y á los reyes: cuando á los niños se les hace volverse hacia Roma y aunque de lejos se les muestra allí á un anciano más firme sobre su palabra, en medio de las tormentas sociales, que la roca en medio de la mar embravecida, y se les dice: Hijos, ved allí al padre de las almas; ved allí al Vicario de Jesucristo, los niños se prosternan ante él, le honran, le veneran y sienten en lo más intimo de sus almas una profunda impresión de respeto, porque han visto en la humanidad la más grande imagen de Dios: allí, donde hace veinte siglos está el maestro infalible, el padre del catolicismo, el sucesor de San Pedro, allí se halla la escuela más grande de respeto, á la que concurren, para enseñarla á los hombres, la más grande aparición de Dios; para practicar esta enseñanza, más de doscientos millones de almas, y para oirla, el mundo entero.

Como la educación del respeto sea de todos los días y de todas las horas no basta para los niños aquella grandeza remota que pocos pueden contemplar: por eso tras el Pontífice romano está el obispo y tras éste el sacerdote

que pone el alma de los niños en contacto inmediato con Jesucristo á quien veneran y adoran, al inclinarse ante el hombre. Así enseña la experiencia que el niño bien educado encuentra naturalmente en su corazón junto con la veneración al sacerdote la adoración á Jesucristo, y á este venera cuando besa la mano de aquel ó recibe su bendición; y jamás le viene al pensamiento que haya humillación en ese homenaje; antes se siente mejor porque ha venerado y más grande porque se ha prosternado; y su padre y su madre reportan ventajas de esos homenajes dados al sacerdote, porque nunca hallan en sus hijos amor tan respetuoso y veneración tan tierna, como cuando aquellos han tributado espontáneamente sus homenajes á los representantes de Jesucristo.

Las dos esferas del orden natural y del orden sobrenatural que hacen sensible al alma de los niños la majestad de Dios hállanse juntas sin confundirse en dos dignidades humanas que están en primer contacto con la niñez; la dignidad paterna y la dignidad materna. Ya en el orden natural y á la luz de la sola razón el padre y la madre son para el alma del niño representantes de la dignidad divina; porque Dios es la causa y dignidad primera y los padres son la causa y dignidad segunda; por eso los respetos que el niño tributa á Dios, descienden sobre los padres haciéndolos más venerables; y los tributados á estos se elevan hasta Dios: hay empero otra cosa que refleja más sobre los padres la majestad de Dios, y es su consagración en Jesucristo por medio del sacramento; y así como vienen de Dios por Jesucristo, Padre del siglo futuro, vienen de Jesucristo por la Iglesia, madre divina de la humanidad; y esta investidura dos veces sagrada realza su dignidad al par que realza su respeto.

Cuando los padres delegan con su doble investidura todos sus derechos al maestro para educar á sus hijos, entonces la majestad de Dios, pasando por Jesucristo, la Iglesia y el corazón de los padres, aparece en su frente, y el respeto que necesita para esa obra admirable, impónese

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

naturalmente en el alma de los discípulos. A la luz de la razón y de la fe debe mostrarse el maestro revestido del derecho humano y del derecho divino, teniendo su parte de la magistratura divina que Dios ha conferido á su Iglesia por medio de Jesucristo; y viendo el niño el reflejo divino en la frente de su preceptor le respeta; porque á la luz de la fe que le transfigura, venera á Dios en su más ó menos digno preceptor.

Sin duda alguna, no basta la majestad prestada para sostener el respeto de los niños; debe tener para su natural defensa dignidad personal, esa grandeza que proviene del brillo de una gran virtud ó del prestigio de una gran santidad. No basta que el maestro católico no sea la personificación del vicio; ha de ser la personificación de la virtud; por su mérito personal ha de ser hermosa y distinguida figura: no basta que sea virtuoso y honrado como el vulgo; ha de tener en su persona dignidad bastante para llevar con facilidad y soltura el haz de grandezas cristianas que ha recibido de Jesucristo; ha de ser un gran cristiano, un Evangelio vivo, otro Cristo, para que el alma del niño sienta hasta cierto punto en su persona á ese Cristo á quien representa y de cuya dignidad está revestido.

De ese modo completa el catolicismo la obra maestra de la educación y realiza en toda su perfección la escuela del respeto: así crea los santos cuyas frentes ciñen aureola de luz y amor que imprime en las almas de los niños la imagen de Jesucristo y el sentimiento de dignidad que no pueden perder.

Si el maestro católico ha recibido, además, del cielo una vocación que le llama, no ya á la práctica del deber, sinó el heroismo de la virtud; si no sólo ha jurado ser hombre de bien, sinó ser santo; si á todo esto añade la majestad superior de la unción divina y del carácter sagrado; si en fin, para sostener, sin doblegarse, el peso de tantas dignidades, conserva en medio de una *actitud firme* y de una *dulzura inalterable* esa *majestad* que sirve de escudo á todas las otras y esa *calma* que con mucho acierto ha sido